
LOS SUEÑOS ROTOS DE LA MODERNIDAD

MOSCOSO, JAVIER: *Promesas incumplidas. Una historia política de las pasiones*, Barcelona, Taurus, 2017, 351 pp.

DAVID BEORLEGUI ZARRANZ

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (España)

david.beorlegui@ehu.eus

La historia de las emociones viene constituyéndose durante los últimos años como uno de los enfoques de investigación más prometedores de la disciplina histórica. Una muestra del entusiasmo y la buena acogida que ha suscitado esta perspectiva la encontramos en el monográfico de la revista *Ayer* titulado “Emociones e Historia”, que, coordinado por José Javier Díez Freire, cuenta también con una colaboración del autor del libro que sometemos a revisión. La obra que nos presenta Javier Moscoso con el atractivo título de “Promesas Incumplidas” constituye una notable aportación, en forma de ensayo, al todavía poco explorado universo emocional que rodeó a uno de los grandes acontecimientos de la historia contemporánea europea, la Revolución Francesa. El propósito del autor, como el mismo se afana en explicar en las primeras páginas del libro, no es otro que el “explicar el papel de las pasiones humanas en la configuración de la historia contemporánea” y el modo en que estas interfieren en la configuración política de la historia, rastreando para ello los orígenes de un nuevo *régimen emocional* —el de la Francia pre y post revolucionaria— que a diferencia del que lo había precedido haría de la sinceridad y de la búsqueda del mérito los pilares de su proyecto social, político y antropológico, en su sentido más profundo.

El libro presenta a lo largo de sus ocho capítulos un estilo muy cuidado y un tono ensayístico que facilita la lectura sin escatimar en fórmulas literarias. El primero se inicia con las vicisitudes que rodearon un caso puntual, el ingreso de un joven llamado Nicolás en el hospital parisino de Bicêtre. Considerándose loco, el joven solicitará su ingreso en el sanatorio y saldrá “curado”, emprendiendo una relación estrecha con su doctor, minuciosamente documentada por este último. Ese registro, en combinación con un abundante material de naturaleza médica, permite a Moscoso acercarse a los cambios que tenían lugar en la estructura el sentir de la época y también en el riguroso régimen de observación que se desplegaba por parte de la ciencia médica. Sirviéndose de novelas y de

material autobiográfico, el autor también destaca la importancia del relato como vía de fijación y transmisión de la experiencia propia y ajena, atendiendo fundamentalmente al campo semántico que rodea toda una serie de sueños incumplidos y expectativas de promoción frustradas, que revelan la dimensión política y estética de la promesa igualitaria alimentada por el pensamiento ilustrado. Otro de los principales puntos de atención del trabajo es el de los denominados monomaniacos, caracterizados, precisamente, por la falta de ajuste entre la realidad y sus deseos.

El segundo capítulo atiende la proliferación de estudios médicos y filosóficos sobre las emociones a lo largo del siglo XVIII. La importancia central que tuvieron las emociones en el siglo ilustrado, como bien se encarga de recordar Moscoso, ha pasado inadvertida en gran medida al pasar este a ser recordado como el siglo de las luces y de la razón, desatendiendo el rol que desempeñaron cuestiones como la compasión o la simpatía en la configuración emocional del programa ilustrado. La multiplicación de los estudios sobre las pasiones durante el XVIII demuestra una fuerte persistencia del pensamiento galénico y de una tendencia a comprender la pasión como el vínculo entre el cuerpo y el alma. Sin discernirse con claridad de las emociones y de los estados del alma, las pasiones podían verse inflamadas u ofuscadas, atribuyendo a esos estados del alma, a esa vehemencia y grado de intensidad, los más diversos comportamientos y enfermedades. Las emociones también fueron empleadas por parte de la ciencia filosófica, médica, o económica para fundamentar sus teorías y propuestas de renovación. El deseo de promoción y control sobre el destino, por otra parte, también se vieron incrementados con la ciudad, que sirvió tanto como fractura de la lógica estamental como un catalizador de todos los deseos y búsquedas de una nueva vida.

La tercera sección defiende la existencia de una “revolución sentimental” que corrió en paralelo a la revolución política y que estuvo alimentada de la promesa de igualdad, destacando también la recepción emocional que tuvo el programa ilustrado y sus efectos disruptivos con respecto a las prácticas culturales, la configuración de la subjetividad, de la sociedad y de la política. Y es que la promesa igualitaria, como manifiesta el autor, “se expresaba en lo grande y en lo pequeño, en lo tangible y en lo simbólico”, afectando, de manera general, “al espacio de representación y de reconocimiento social”, de campos tan aparentemente dispares como “las formas de organización política de la nación y la ubicación de los comensales en la mesa” (103).

Además de subvertir el orden social vigente, la ansiedad por hacer efectiva la igualdad frente al privilegio fue experimentada en forma de una angustia y malestar crecientes, que permearon en opinión del autor a la totalidad del cuerpo social y del paisaje emocional del momento. En un análisis brillante Moscoso desgana la economía política del Terror y de la Restauración monárquica para explorar los vínculos que se establecieron entre formas de gobierno y sentimientos morales, para demostrar como la ambición fue adquiriendo un significado cada vez más negativo conforme avanzaba un siglo que la atribuyó todos los males de la revolución. Este capítulo también incluye un apartado muy interesante, y por ello un tanto sucinto, sobre las mujeres de la revolución y los límites con los que se toparon en función de su género, ejemplificados en la trágica figura de Theroigne de Mericourt.

El cuarto de los capítulos se basa fundamentalmente en fuentes médicas y analiza los intentos que se dieron por parte de ese estamento por atemperar las pasiones que, como sucedía con el amor o la ambición, se consideraban experimentadas de modo desmedido. En él podemos apreciar con claridad las condenas médicas de las pasiones que se desataron conforme transcurría el proceso revolucionario, así como el surgimiento de un tipo particular de ambicioso, el monomaniaco, que representa como ninguna otra figura el espíritu de ese momento es analizada en distintos capítulos del libro. Surgido en los manuales de ciencia médica en 1810, el monomaniaco representa para Moscoso un síntoma de la aparición del nuevo régimen emocional de la contemporaneidad, así como el mejor ejemplo de la relación, cada vez más problemática y recurrente, que se estableció entre la ambición y la enfermedad mental, hasta el punto de convertirse rápidamente en el diagnóstico más compartido por la población francesa. Para ilustrar esta cuestión, del todo interesante, el autor recorre el contexto cultural en el que se produjo la aparición de la monomanía y la profusión de discursos médicos al respecto, hasta su desaparición en 1848.

El quinto capítulo se dedica a analizar las consecuencias, en ocasiones terribles, de la pasión contrariada, de la desproporción entre los medios y la esperanza, o por decirlo en términos de Koselleck, entre experiencia y expectativa. Denuncias, suicidios, asesinatos, coexisten en estas páginas con la ira, la cólera, la rabia, la voluntad de “sustituir el miedo de la mayoría por el terror de unos pocos”, transitando por el resentimiento y por la venganza. En un aporte que se antoja de gran interés, el autor

llama la atención sobre una cuestión que ha pasado inadvertida a la mayoría de aproximaciones filosóficas que se han realizado sobre el resentimiento, apuntando a la relación que sobre la desatención que se produce en la mayoría de aproximaciones al resentimiento con respecto a un hecho bien concreto, su vinculación con el trabajo de la memoria, la devoción por la historia, y la búsqueda de la justicia. Contemplado como respuesta emocional a la frustración generada por la expectativa incumplida, el resentimiento de los modernos desembocó con facilidad en frustración y en melancolía, las mismas emociones que conectan con la exaltación romántica y sólo culminan en la muerte.

El sexto de los apartados lleva por título “las pasiones de la rivalidad” y se centra en explorar emociones que, como ocurre con los celos o la envidia, tenían su origen en la falta de reconocimiento. En lo que respecta a la envidia, esta pasó rápido de ser un pecado a considerarse como un medidor del éxito propio, configurando un campo semántico en torno a esa cuestión que se extendió en el contexto revolucionario al mundo de las clases y de los estamentos sociales. La envidia también se manifestó en la existencia de toda una serie de desconfianzas y susceptibilidades cruzadas, que cristalizaron en fuertes antagonismos políticos y sociales. Los celos, por otra parte, acumularon buena parte del interés médico en la época al interpretarse no sólo en el contexto de las relaciones de pareja, sino también en las familiares, hasta el punto de conformar su propia categoría, la de los “celos mórbidos” o carentes de toda fundamentación racional. El grado de intensidad de la emoción experimentada o el hecho de que las sospechas fueran o no fundadas, como plantea el autor, determinó en numerosas ocasiones la línea divisoria entre la salud, la enfermedad y la locura.

El séptimo y penúltimo de los capítulos está dedicado a aquellos que se mostraron dispuestos a arriesgar todo, incluso la propia vida y la ajena, por amor. Interpretando esta emoción desde sus matrices culturales, el capítulo desgrana las singularidades del sentimiento amoroso en el marco revolucionario, la búsqueda de sus elementos constitutivos como parte de la nueva antropología ilustrada. Ello nos permite comprender, por ejemplo, la dimensión política de los matrimonios por elección entre personas que procedían de distintos lugares y clases sociales. Lejos de concebirse como una experiencia fundamentalmente sensual, el amor dieciochesco se alimentaba de concepciones platónicas y de la idea de anámnesis, según la cual implicaba un cierto

reconocimiento o familiaridad de la persona amada. Esa sinceridad del corazón, siempre en opinión del autor, venía a contraponerse a la impostura que había caracterizado al régimen emocional del Antiguo Régimen, comprendiendo formas de expresión y materialización que eran cualitativamente distintas a las que existían hasta el momento.

El último de los apartados, uno de los más fascinantes en nuestra opinión, analiza el amplio campo del “tratamiento moral” de las pasiones, esto, es, la intervención médica sobre las mismas, con fines no sólo disciplinarios, sino también culturales, simbólicos o incluso estéticos. El tratamiento comprendía distintas formas en función del médico y la afección concreta, que iba desde la diversión hasta la revulsión. Mientras que la primera apostaba por el poder terapéutico del deporte, el baile, el teatro y, sobre todo, el retiro al campo, la segunda abogaba por la aplicación puntual del dolor y del terror para los más diversos fines. También se incluye en este apartado el poco conocido uso de columpios con finalidades médicas y sexuales. Todo el apartado sobre el “tratamiento perturbador” es verdaderamente interesante, dado que el terror constituía en el marco postrevolucionario “la experiencia subjetiva por excelencia, la pasión que había marcado el conjunto de sus vidas” (266). La influencia de la sensibilidad romántica en la ciencia médica, por otra parte, también quedó patente por la “terapia de lo sublime” que buscaba exaltar sentidos y espíritu para poner fin a las dolencias de los pacientes, permitiendo trazar conexiones entre campos tan aparentemente dispares como el alpinismo, el turismo y la contemplación de ruinas. En lo que respecta a este último punto quizá se echa en falta una referencia a la obra de Lowenthal, *The past is a foreign country*, que maneja además fuentes muy similares a las de Moscoso en lo que respecta a figuras como la de Chateaubriand. Y es que el libro de Moscoso, a diferencia del de Lowenthal, opta por centrarse en el caso francés y rehúye entablar diálogos con otros marcos que, como sucede con el anglosajón, sin duda habrían resultado muy fructíferos.

El resultado final de *Promesas Incumplidas* es el de una obra erudita y de gran profundidad analítica que atraparà al lector o lectora desde la primera página. Moscoso demuestra un gran conocimiento del tema y una loable capacidad para alternar análisis micro y macro, manejando fuentes tan distintas como la literatura de ficción, abundantes registros médicos, correspondencia personal y biografías. El hecho de que el libro se centre exclusivamente en lo acaecido en Francia, sin embargo, debilita en ocasiones el argumento del autor, que se antoja como demasiado ambicioso si se tiene en cuenta que

pretende desgranar la “configuración emocional del mundo contemporáneo”. Ello requeriría, desde nuestro punto de vista, un análisis más comparado o, al menos, una mayor problematización de la posibilidad de extrapolar el contexto emocional de Francia a otros puntos de continente europeo. Otra de las críticas que se podrían realizar es la insistencia en identificar la emoción con el relato, despojando quizás a la primera de cierto potencial explicativo en algunos momentos del libro. Ello no desmerece en absoluto una obra dirigida a convertirse en una referencia ineludible de la historia cultural del país galo en el convulso tránsito entre los siglos XVIII y XIX.